

que con tanta convicción decía: *Ego vidi!* En sus gestos, en sus lágrimas, en sus rasgos fisonómicos, en todos los pormenores que narraba, había un no sé qué que destruía toda sospecha maliciosa.

Vinicio á veces creía soñar. Pero la muchedumbre atónita á su alrededor, el olor de los haces que llegaba hasta él y el aspecto inspirado de aquel anciano que, sobre aquella piedra y con la cabeza temblorosa, repetía: *Ego vidi!*, le convencían de la realidad.

Y el apóstol iba refiriendo todos los hechos hasta la Ascensión del Señor á los cielos. Deteníase de cuando en cuando; hablaba con gran exactitud. Los circunstantes no sabían contener su entusiasmo, y para oír mejor y no perder una sílaba de aquel precioso relato, se quitaban los capuces. Les parecía que, por una fuerza misteriosa y sobrehumana, habían sido transportados á Galilea y andaban entre los discípulos, por aquellos bosques y á orillas de aquellos arroyos: el cementerio se les figuraba transformado en el lago de Tiberíades; allí, sobre la orilla, envuelto entre la niebla matutina, estaba Cristo, como lo había visto Juan desde su barca, cuando dijo: «¡Es el Señor!» y Pedro se arrojó al agua para nadar cerca de Él y caer antes á sus pies.

En los rostros de los oyentes pintábase el éxtasis, el olvido de la vida, la alegría y el amor sin medida. Cuando habló de la Ascensión, de aquel momento en que las nubes se cerraron bajo los pies del Redentor y envolviéndolo lo ocultaron á los ojos de los apóstoles, todas las miradas se dirigieron unánime y espontáneamente al cielo. Siguió una pausa, como si aquella muchedumbre esperase verlo, esperase que Él quisiera descender otra vez del reino celestial, para contemplar á su grey guardada por el apóstol y para bendecir al pastor y á las ovejas. Para aquella gente no existía Roma, no existía César; no pensaba que pudiesen existir templos consagrados á las deidades paganas: no conocía más que á Cristo. ¡Cristo era el único que por sí solo llenaba la tierra, el mar, el cielo, el universo!

En las viviendas situadas á lo largo de la vía Nomentana resonó el canto del gallo. Era media noche. En aquel instante, Quilón, tirando con fuerza del manto de Vinicio, murmuró:

— ¡Señor, no lejos de la piedra que sirve de tribuna al apóstol veo á Urbano y á una joven con él!

Vinicio sacudió todo su cuerpo, como si despertase de un sueño, y dirigiendo la mirada hacia el lugar que el griego le indicara, descubrió á Licia.

XXI

Al divisar á Licia, el joven olvidó á la muchedumbre y al apóstol, y la admiración por todo lo que había visto y oído cedió el paso al deseo y al ansia por seguir atentamente todos los movimientos de su amada. ¡Era lo único que veía! Por fin, después de tanto trabajo, después de tantos días de penas y tormentos, volvía á hallarla. Por primera vez comprendió que la alegría, á semejanza de una fiera, podía lanzarse sobre el corazón y oprimirlo hasta sofocar sus latidos. Vinicio, que hasta aquel día pensó que la fortuna tenía el deber de secundar todos sus deseos, no quería creer en lo que veía, ni en su inmensa felicidad.

Sin esta duda, tal vez su carácter apasionado le hubiera movido á cometer cualquier acto inoportuno; así, en cambio, quería convencerse de que cuanto le sucedía no era continuación de aquellos milagros de que oyera hablar, ni era un sueño.

¡No! No lo era: veía á Licia en figura humana, y sólo unos cuantos pasos la separaban de él. Iluminada de lleno por el resplandor de la hoguera, podía recrearse en la contemplación de sus encantos. Tenía la cabeza descubierta, los cabellos sueltos caían sobre sus hombros; tenía los labios entreabiertos, mientras sus ojos atónitos seguían al apóstol en sus menores movimientos: Licia estaba como en éxtasis. A semejanza de las mujeres del pueblo, llevaba un manto de lana oscura; pero, con todo, Vinicio jamás la había visto tan hermosa.

A pesar de su emoción, no escapaban á su mirada observadora la nobleza y distinción de aquella cabeza aristocrática, que resaltaba de modo tan extraño sobre aquellas ropas de aldeana. Amor ilimitado, mezcla de deseo, de homenaje y de ansiedad, inundaba todo su ser. Libaba con sus ojos el placer que le producía aquel rostro adorado, con el ardor del sediento ante una límpida fuente. Junto al licio, parecía Licia más pequeña de lo que en realidad era, casi una niña, y sus ojos enamorados le presentaban aquella figura aún más esbelta y delicada. Su color, transparente como el alabastro, y su actitud le daban el aspecto de un espíritu más que de una mujer. No por esto se amenguaba en Vinicio el deseo de poseer á aquella muchacha, tan distinta de todas las otras mujeres que había admirado ó poseído en Roma y en Oriente. Por ella las hubiera cedido todas, hubiera dado Roma y el universo entero.

Estaba de tal manera absorto en su contemplación, que el filósofo griego, temiendo que diese algún paso peligroso para los tres, le tiró de una punta del manto. Los cristianos cantaban y oraban. Después el gran apóstol empezó á bautizar con el agua de la fuente á las personas que los presbíteros le señalaban como ya preparadas para recibir el bautismo. A Vinicio se le hacía interminable la noche. Ardía en deseos de seguir á Licia y raptarla en el camino ó en su morada. Por fin, algunos abandonaron el cementerio, y Quilón dijo en voz baja:

— ¡Salgamos, señor! No nos hemos descubierto la cabeza y la gente nos mira. En efecto, durante el sermón del apóstol todos se habían quitado los capuces para oírle mejor; sólo Vinicio y sus compañeros no habían seguido el ejemplo.

El consejo de Quilón era prudente. Apostados junto á la puerta, podían examinar á todos los que pasaban, y Ursus podía ser fácilmente reconocido por su estatura.

— Sigámosles, dijo Quilón; debemos ver en qué casa entran. Mañana, ó mejor hoy mismo, haces guardar la entrada por tus esclavos, y la robas.

— ¡No!, dijo Vinicio. La seguiremos hasta su habitación, ó la robaremos en seguida, si tú, Crotón, te comprometes á ello.

— ¡Está bien!, respondió el atleta. Estoy pronto á convertirme en tu esclavo, si no rompo la espina dorsal á aquel salvaje que la acompaña.

Quilón les suplicó, por todos los dioses, que no hicieran tal cosa. Crotón había sido ajustado como defensa contra un asalto eventual, pero no para robar á la joven. Hacerlo los dos solos era buscar una muerte segura; además podía escapar á sus manos y abandonar Roma, ó tal vez buscar otro escondrijo. ¿Por qué no obrar con prudencia y sobre seguro? ¿Por qué exponerse á la muerte y malograr la empresa?

Aunque Vinicio tuvo que contenerse para no robar á Licia en el mismo cementerio, comprendía que el griego tenía razón y quizás hubiese cedido, á no haber sido por Crotón, á quien más que otro móvil guiaba el afán de la recompensa.

— Señor, ordena á este viejo bellaco que se calle, dijo, ó déjame que haga sentir sobre su nuca el peso de mi puño. Una vez, en Busento, donde Lucio Saturnio me hizo tomar parte en una fiesta, fuí asaltado en una hostería por siete gladiadores borrachos, y ninguno salió de allí con las costillas sanas. Yo no quiero robar á la muchacha aquí, en medio de la multitud, que podría apedrearnos; pero en cuanto llegue á su casa, la cogeré para llevártela adonde tú me indiques.

Vinicio, satisfecho con tal proposición, respondió:

— ¡Por Hércules, así sea! Tal vez mañana no la encontraríamos en casa. Si nos descubren, alejarán á la joven, seguramente.

— Aquel licio debe tener una fuerza extraordinaria, dijo Quilón suspirando.

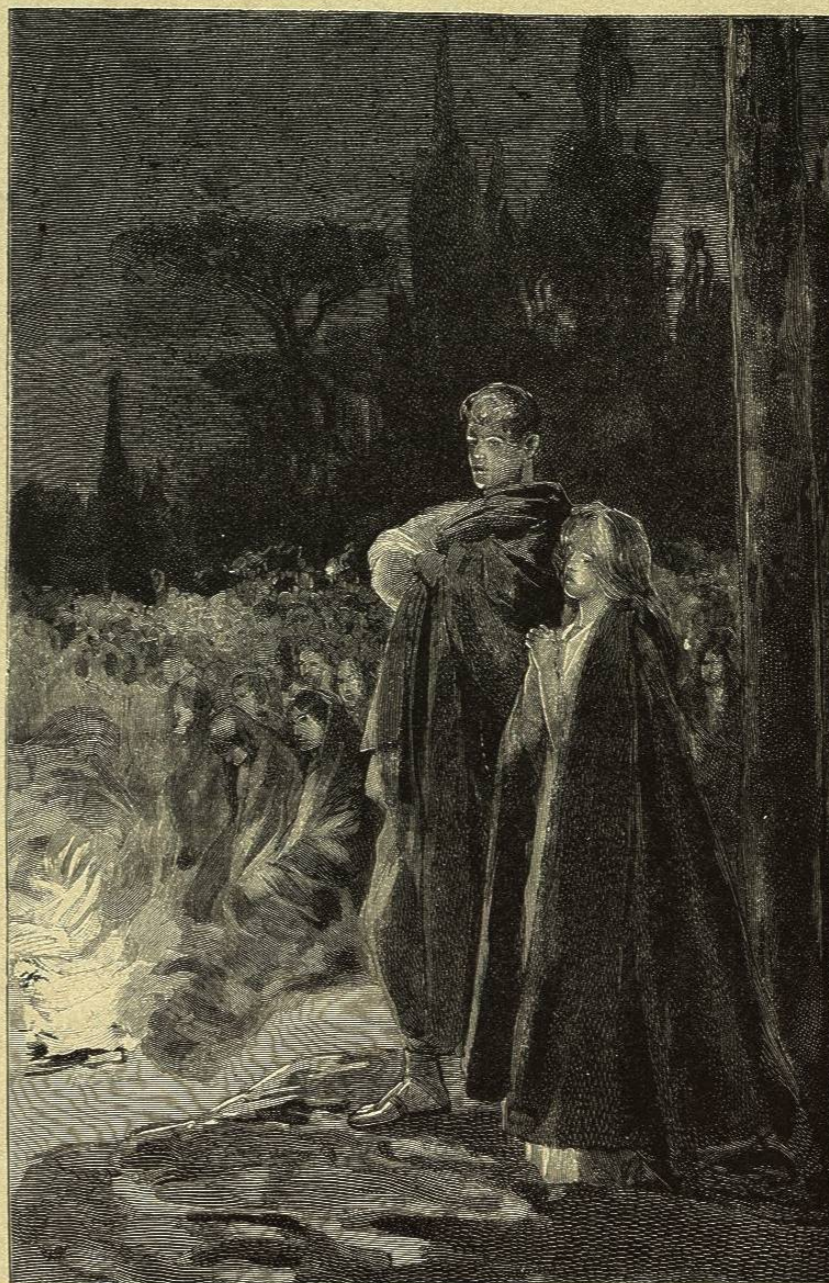
— Nadie pretende sujetarlo, añadió Crotón.

Tuvieron que esperar largo rato antes de que Ursus y Licia salieran del cementerio. Avanzaron entre una turba de cristianos, junto á los cuales Quilón creyó reconocer la figura del gran apóstol. A su lado iba otro viejo, de estatura mucho más baja, dos mujeres no mucho más jóvenes, y un muchacho que con una linterna iluminaba el camino. Este grupo iba seguido de otro numerosísimo, al cual se unieron Vinicio, Crotón y el griego.

— Indudablemente, señor, dijo Quilón; tu doncella está protegida por altas personalidades. A su lado va el apóstol. Mira cómo se postran ante él los transeúntes.

En efecto, la gente se arrojaba al paso de Pedro; pero Vinicio no fijaba su mirada más que en Licia, pensando sólo en el próximo rapto. Habitado á todas las astucias de la guerra, trazaba en su mente el plan de la fuga con exactitud militar. Comprendía que su proyecto era atrevido; pero recordada el adagio: *audaces fortuna juvat*.

El camino era largo, así es que durante el trayecto tuvo tiempo de considerar cuán grande era el abismo que aquella religión había abierto entre él y Licia. Hasta entonces no la había conocido; la juzgaba sencillamente como una muchacha más hermosa que las otras, que le había inflamado el corazón. Ahora sabía que el



Licia estaba como en éxtasis

cristianismo la diferenciaba de las demás mujeres y que se desvanecía la esperanza de obligarla á ceder á sus deseos con el amor y los halagos, con las riquezas y el lujo. Lo que él y Petronio no habían comprendido, se presentaba á su inteligencia claro y luminoso, esto es, que la nueva religión inspiraba al alma un sentimiento ignorado de aquel mundo en que vivía; que Licia, aun cuando le amase, no sacrificaría por él ni una sola de sus verdades cristianas, y que si existía para ella el placer, sería un placer muy distinto de aquel á que aspiraban él, Petronio, la corte de César, toda Roma. Todas las mujeres que conocía podían ser sus amantes; pero de aquella cristiana no podría hacer más que una víctima. Ardía en cólera al pensar que su poder se estrellaba contra la virtud de Licia. Robarla no le parecía imposible; pero comprendía que, comparado con aquella doctrina, él, con toda su fuerza y ardimiento, era una completa nulidad. El tribuno romano, persuadido de que la espada y el brazo podían conquistar la tierra y dominar en ella, veía por primera vez en su vida que frente á esa fuerza existía otra más potente, invencible, pero que aún no se le manifestaba con claridad. Reproducíase en su mente la imagen del cementerio, del pueblo reunido y de Licia, pendientes de los labios del anciano, mientras éste describía la pasión, la muerte y la resurrección del Hombre-Dios, que había redimido al mundo y prometido la felicidad después de esta vida.

En su cerebro se agitaba un caos, del cual le sacó Quilón, empezando á lamentar su propia suerte. Le había ofrecido á Licia, la había descubierto y mostrado á Vinicio, con peligro de la vida: ¿qué más debía hacer? ¿Había prometido robar á la doncella? ¿Quién podía pretender semejante cosa de un hombre defectuoso, de un viejo entregado á la ciencia y á la virtud? ¿Qué se diría si á una persona de la calidad y rango de Vinicio le ocurriera un accidente desgraciado, mientras se disponía á efectuar el rapto? Verdad que los dioses velaban cerca de sus hijos predilectos; pero más de una vez ocurrían desagradables percances, porque las divinidades se distraían jugando, en lugar de atender á los mortales. Todos sabían que la Fortuna tenía los ojos vendados, por lo cual ni en pleno día acertaba á ver las cosas. ¿Qué había de suceder, siendo de noche? Si se veían de pronto en un mal paso; si, por ejemplo, aquel licio arrojaba sobre el tribuno una piedra de molino, un tonel de vino, ó peor aún, de agua, ¿quién aseguraba que Quilón no recibiría un castigo en vez de la recompensa? Él, pobre filósofo, se había unido á Vinicio como Aristóteles á Alejandro de Macedonia. Si al menos el generoso señor le hubiese dado antes de salir de casa aquella bolsa que llevaba á la cintura, tendría un medio para encontrar auxilio en caso de necesidad, ó para tratar con los cristianos. ¿Por qué no escuchar el consejo de un anciano, un consejo inspirado en la experiencia y la sabiduría?

Vinicio, sacando la bolsa de la cintura, se la arrojó á Quilón, que la esperaba con las manos extendidas.

— ¡Tómala y calla!

El griego, notando que la bolsa pesaba mucho, se tranquilizó.

— ¡Aquí está toda mi esperanza!, dijo. Hércules y Teseo llevaron á cabo empresas más arduas. ¿Y qué es Crotón, mi amigo querido, sino un Hércules? Yo, señor, no quiero llamarte semidiós, porque eres en justicia un dios, y seguramente no olvidarás á un siervo anciano y fiel, que de cuando en cuando necesitará de tu bondad, pues cuando está absorto en la lectura olvida todo lo demás. Un pedacito de jardín y una casita con un modesto pórtico constituirían un obsequio verdaderamente digno de ti. Aunque fuera desde lejos, admiraría siempre tus actos heroicos é invocaría para ti la protección de Júpiter. En caso necesario, armaré tanto ruido, que Roma entera acudiría en tu auxilio... ¡Qué camino más horrible! El aceite de

la linterna se está consumiendo. Si Crotón, cuya generosidad iguala á su fuerza, quisiera llevarme hasta la ciudad, podría calcular si la joven ha de pesarle luego, y obrando como Eneas, tendría asegurado el favor de los dioses, que después protegerían nuestra empresa.

— Antes que á ti, llevaría el esqueleto de un cordero muerto de un mes ha, respondió el gladiador; pero si me das la bolsa que has recibido del noble tribuno, te llevaré hasta las puertas de la ciudad.

— ¡Que se te pudran y caigan los pulgares de los pies!, replicó Quilón. ¿Qué provecho has sacado del sermón de aquel respetable anciano, que demostró que la indigencia y el amor al prójimo son las principales virtudes? ¿No te ordenó terminantemente que me amaras? ¡Ya veo que no lograré hacer de ti un buen cristiano! Le sería más fácil al sol penetrar en la cárcel Mamertina que entrar en una calabaza como la tuya.

— ¡No me importa!, respondió Crotón, que no tenía sombra de sentimiento alguno. Seguramente no me haré cristiano: lo que procuro es ganarme el pan.

— Si conocieses nada más que los primeros rudimentos de la filosofía, sabrías que el oro es una cosa vana.

— Acércate un poco con tu filosofía. Te daré tal cabezada en el estómago, que en seguida verás quién vence.

— Esto se lo podía haber dicho el buey á Aristóteles, contestó Quilón.

Empezaba á clarear; á la luz gris del crepúsculo se marcaban visiblemente los contornos de los muros. Los árboles, las casas y las tumbas salían lentamente de las tinieblas. El camino empezaba á animarse; los vendedores de verduras se dirigían á la ciudad con sus carretas tiradas por asnos; pasaban carros llenos de animales salvajes. En el fondo, á lo largo del camino, una ligera niebla, indicio de buen tiempo, daba á las personas la apariencia de espectros.

Vinicio contemplaba la figura de Licia, que con la luz creciente brillaba con argenteos fulgores.

— Señor, dijo Quilón, te ofendería suponiendo un límite á tu bondad; pero, una vez pagado, puedo hablar libremente, sin que deba sospecharse que lo hago en mi favor. Así, pues, repito mi consejo: vete á tu casa, y cuando conozcas la morada de Licia, reúne esclavos y provéete de una litera. No hagas caso á este elefante de Crotón, que sólo piensa en el rapto para tomar posesión de tu bolsa.

— ¡Cuidado con lo que dices! Basta uno de mis puños bien asestado sobre tu nuca para aniquilarte, respondió el aludido.

— Tengo una bota de vino de Cefalonia, que me probará divinamente, contestó Quilón.

Vinicio no prestaba atención á aquel debate. Al acercarse á las puertas de la ciudad, un espectáculo maravilloso atrajo sus miradas.

Dos soldados cayeron de rodillas al paso del apóstol, quien poniendo la mano sobre sus yelmos, les bendijo. El joven tribuno no hubiera creído nunca que entre los soldados había algunos cristianos, y coligió, por lo que observaba, que así como en una ciudad incendiada el fuego se propaga rápidamente de una casa á otra, aquella doctrina conquistaba nuevas almas y se divulgaba con una rapidez fulmínea y vertiginosa. Si Licia hubiese intentado salir de Roma, seguramente hubiera habido guardias prontos á favorecer su fuga.

Los cristianos empezaban á diseminarse, así es que Vinicio se vió obligado á seguir á Licia desde respetable distancia para no despertar sospechas. Quilón se quejaba de dolor en los pies y en las piernas, y trataba de formar una especie de retaguardia. Vinicio nada replicaba, pues en realidad no le era necesaria la com-

pañía de aquel miserable griego; casi le hubiera convenido dejarle ir por donde se le antojase. Pero esto no entraba en las ideas de Quilón: el viejo filósofo no carecía de prudencia, pero la curiosidad le impulsaba á proseguir. De cuando en cuando se aproximaba á Vinicio para repetirle el mismo consejo. Temía que aquel viejo que iba al lado del apóstol fuera Glauco; sólo la estatura le parecía un poco más baja.

Llegaron al Trastevere. El sol no había remontado aún el horizonte, cuando el grupo que acompañaba á Licia se disgregó. El apóstol, una vieja y un muchacho siguieron por la orilla del río; el viejo de baja estatura, Ursus y Licia se internaron en una callejuela estrecha, entrando á los pocos pasos en una casa situada al lado de una tienda de aves.

Quilón, que se había quedado atrás, apoyándose en el muro, rogaba en voz baja á sus compañeros que retrocediesen.

No sabiendo qué partido tomar, obedecieron.

- Ve, Quilón, ordenó Vinicio, á ver si esa casa tiene salida á otra calle.

Quilón, que poco antes se había quejado de dolor en los pies, voló hacia allí como si hubiese tenido las alas de Mercurio. En un momento estuvo de vuelta.

- ¡No, señor; hay una sola entrada!

Después, con las manos sobre el pecho, exclamó:

- ¡Te suplico por Júpiter, por Apolo, por Vesta, por Cibebes, por Isis y Osiris, por Mitra y Baal, por todos los dioses de Oriente y de Occidente, que abandones tu proyecto! Óyeme...

Calló repentinamente. El rostro de Vinicio había palidecido por la cólera, los ojos le brillaban como los de una fiera. Bastaba una sola mirada para comprender que por nada del mundo retrocedería. Crotón dió un profundo suspiro y sacudió su enorme cabeza, á semejanza de un oso encerrado en la jaula; pero en su semblante no se notaba ni la sombra del temor.

- Entro yo primero, dijo.

- ¡No! ¡Tú me seguirás!, ordenó Vinicio en tono conciso.

Quilón corrió á agazaparse tras el ángulo de la calle próxima para esperar los acontecimientos.

XXII

Vinicio conoció pronto todas las dificultades que encerraba su empresa. La casa era grande y compuesta de varios pisos, una de aquellas casas de las que se veían á miles en Roma, de construcción tan endeble que no transcurría un año sin que alguna sepultase entre los escombros á sus moradores. Eran altas y estrechas y estaban subdivididas en una porción de habitaciones y escondrijos, hormigueros de gente pobre. En aquella parte de la ciudad, donde muchas calles no tenían nombre y las casas carecían de numeración, los esclavos encargados de cobrar los alquileres no estaban obligados á comunicar á la autoridad los nombres de los inquilinos. Era por esto muy difícil adquirir informes acerca de una de esas casas ó de cualquiera de sus habitantes.

Vinicio y Crotón llegaron á un corredor largo y estrecho, que formaba una especie de atrio para toda la casa. En el centro se alzaba una fuente, y junto á las paredes escaleras de piedra ó de madera conducían á los pisos superiores. En la planta baja había también departamentos divididos por tabiques de madera, ó sencillamente por lienzos sucios y remendados.

Era muy temprano y no asomaba un alma por el patio. Todos debían hallarse sumidos en el más profundo sueño, excepto los que regresaban del Ostriano.

- ¿Qué debemos hacer, señor?, preguntó Crotón.

- Esperemos aquí; tal vez alguien salga, respondió Vinicio.

Recordó el consejo de Quilón. Con diez esclavos hubiera sido facilísimo apoderarse de la salida, registrar todas las habitaciones y llegar así á la de Licia. En estas reflexiones estaba, cuando levantando una cortina colocada en un ángulo del patio, apareció un hombre con un cedazo en la mano y se dirigió á la fuente. Vinicio reconoció á Ursus en aquel individuo.

- ¡Este es el licio!, exclamó.

- ¿Le rompo ahora mismo los huesos?

- Espera un poco.

Ursus no advirtió la presencia de las dos personas ocultas entre las sombras del corredor, y no hizo más que lavar las verduras que contenía el cedazo y volverse por donde había entrado. Crotón y Vinicio le siguieron, pensando entrar en la habitación de Licia. Pero ¿cuál no sería su sorpresa al descubrir que la cortina no señalaba la entrada á una habitación, sino á un oscuro corredor? Este conducía á un jardincito sembrado de cipreses y circundado de una valla de mirto. Al fondo se hallaba la habitación de Licia, una casita, apoyada en los muros de otro edificio de piedra.

Esto era una circunstancia favorable. En el patio podían haberse reunido todos los inquilinos; el aislamiento de la casita facilitaba la empresa. Cualquier defensor, y el mismo Ursus, sería vencido por ellos dos, que emprenderían en seguida la fuga